El hombre que espera a la pantera

José de la Colina

Deberás enfrentarte a la pantera, si deseas que te respetemos

Emilio Salgari

Aturdido por el hambre y el calor, por la húmeda y pegajosa atmósfera emanada de las enormes plantas de anchas hojas relucientes, el hombre se detuvo en el lujurioso corazón de la selva y esperó, con rostro demacrado, sudoroso y barbudo, con los ojos a la vez temerosos y esperanzados, la llegada de la pantera, pero la fiera tardaba, era imposible saber por dónde venía, qué esquina estaba doblando, y como el tiempo se estiraba de un modo insoportable, el joven se levantó del asiento del rincón, en el cafetín atestado de estudiantes, fue hasta la sinfonola, introdujo una moneda, escogió una de las piezas y volvió a su mesa mientras la melodía empezaba a ocupar el espacio, rítmica y suave, por encima de las conversaciones. Sentado ante su café americano, tamborileó con los dedos en la mesa, tap tataraptap, apostando a su propio rostro, que lo observaba desde el oscuro líquido, a que no venía. Solo en el calor, bajo los frondosos árboles que guarecían chilladores animales, respirando agitadamente, apretando en una mano la sudada cacha del revólver, listo para saltar a un lado y disparar cuando las silenciosas, aterciopeladas patas quebraran alguna rama. A que no viene, a que sí viene, y la melodía aleteaba perezosamente, siesta de piano y de batería, intentando llenar con una cálida, espesa miel oscura, las mil y mil minúsculas e insaciables celdillas de tiempo.

Escudriñó por todos lados, a través del intrincado tejido vegetal esponjado e insolente, agresivo de flores rojas, vivas y cegadoras, de gritos y chillidos sin fin, y era imposible no pensar en ellos, sentados en las otras mesas, hablando con ellas, no estaban vigilándolo, espiándolo aunque no lo miraran, preguntándose qué iba a hacer, si en realidad sabría afrontar, de una manera que la selva considerase digna, el salto veloz e imprevisible de la pantera, negro relámpago de garras y ojos incisivos. Dejaba que el café se enfriara, sin ganas de tomarlo en realidad, abandonando sus pensamientos, que iban evaporándose en la zona donde la música flotaba, la cacha sudando en la mano que había sostenido el arma durante muchos, incontables días, en la inacabable caminata a través de la selva, perseguidor y perseguido, buscando los amarillos, terribles y hermosos ojos que lo buscaban, el negro, armonioso cuerpo oscuro hecho para el silencio, para acechar y atacar en silencio con el mismo ritmo y la misma suavidad con que la música meliflua, miel oscura intentando llenar las sin número celdas de tiempo en espera. La primera vez que la había visto fue cuando ella entró en el salón de clases llevando en la mano una nota del director para los maestros (una alumna especial), y podía recordar clara y distintamente el gesto con que aguardó a que la profesora de inglés terminara de leer la misiva: el cuerpo erguido, enfundado en un suéter rojo y una falda negra, la cabeza alzada y la vista perdida en el techo, una mano en la cintura, el brazo doblado en ángulo, y la otra apoyada con las yemas de los dedos en el escritorio de la maestra, absolutamente descuidada, casi ofreciéndose a la pantera, como no sabiendo que la pantera caminaba silenciosamente en la noche, sus músculos moviéndose poderosos y lentos, la negra piel zigzagueada por reflejos lunares, avanzando, con sus ojos de fría fiebre, y él la había mirado desde su

asiento, pensando alguno de los nombres que ella podía tener, esa indiferente muchacha, quizá Leonora, Patricia, Isolda, lluvia, inquietud, pantera… Taptarataptap, tamborileó en la mesa y miró hacia la mesera, que se había detenido, flaca, de dientes conejiles, de senos caídos, ante él.

— ¿Otro café, joven?

—Por ahora no. Espero a otra persona.

Había recorrido un largo país de aventuras, había atravesado el desierto en la bamboleante joroba de un dromedario, fue perseguido por beduinos feroces cuyos disparos silbaban levantando la arena de las dunas, sufrió sed, vio crueles oasis inexistentes, raptó hermosas princesas cuyo lenguaje desconocía, yació junto a bailarinas de templos escondidos, fue mordido por cobras inesperadas, combatió lanza en mano con asaltantes nocturnos en callejas retorcidas y finalmente (quizá no finalmente, quién podría decirlo) entró en la selva, persiguiendo y siendo perseguido, en una situación interminable, en un juego sólo sabido por la pantera y él. Una tarde él estaba en la biblioteca de la escuela, leyendo una tesis sobre los poetas del Siglo de Oro, algo sobre Garcilaso ("En amoroso fuego todo ardiendo…"), y un codo había rozado el suyo y una voz musitado "dispensa", y entonces él se había vuelto y la había visto, recién sentada a su lado, abriendo un libro y luego un cuaderno de apuntes, y de pronto ("En amoroso fuego todo ardiendo…") Garcilaso se había vuelto pequeño y gritaba desde las letras, y su voz ("En amoroso fuego todo ardiendo…") se perdía, minúscula y risible como la que podría tener una mosca que se ahoga en un vaso de agua, pero en cambio podía oírse, no como ruido sino como una irreal, atronadora cualidad del silencio, como un violento vibrar de todas las membranas del aire y de la noche, el rugido frenético y aterrador de la pantera, que cruzaba las puertas de la atemorizada ciudad, el rugido removiendo las hojas de las palmeras y arrugando la superficie de los estanques. Alguien había puesto otra moneda y escogido otra pieza en la sinfonola y ahora una voz masculina surgió del armatoste cantando una canción norteamericana, y la voz intentaba nuevamente llenar la espera, aquello que (ahora él lo sabía) nunca habría de llenarse con nada salvo con el amor, o con la muerte, digamos con sólo apoyar un cañón de pistola, duro y frío en la calenturienta sien y luego disparar el gatillo, de modo que la detonación conmovía el silencio, dejando sólo una luz gris, una carta explicatoria y los ojos asombrados, doloridos, de todos los demás. Pero déjate de mariguanadas, haz el favor. Incontables veces, a lo largo del camino del hombre, los morenos indígenas de ojos oscuros y penetrantes hablaron de la pantera, de su terrible y astuta belleza, del silencioso pisar de sus garras asesinas, e insistieron en que era el animal que el hombre tenía el deber de perseguir, que había que enfrentarse a ella, a sus ojos sagrados. Una tarde habían ido con un grupo de condiscípulos al castillo de Chapultepec, y allá arriba, mientras anochecía sobre la ciudad, el viento la despeinaba, creando en torno a su cabeza un agitado halo de cabellos furiosos, de modo que él podía llamarla Leonora, Medusa o inquietud y luego habían bajado a pie y los dos iban silenciosos detrás de los demás, que gritaban alegremente como para afirmarse en el anonimato de la noche, y ella lo había mirado un momento a través de la negra materialidad del aire, sus negros ojos acechando bajo el oscuro fleco, y él la hubiera llamado Patricia, Greta o locura. Mientras la canción sonaba en la voz del cantante norteamericano, empezó a dibujar en una servilleta, con trazos lentos, se diría que astutos, las formas elásticas pero inmóviles de la fiera inmortal. Entonces ella entró en el cafetín. Imaginemos la pantera, hermanos mortales. Su nombre es amor, muerte o locura. Sigilosa, en otro universo que el del ruido, lista siempre para saltar, armoniosa en su negra piel de eléctricos reflejos. Su nombre es amor, muerte o locura.

— ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

—No.

Llevaba esperándola tantos desiertos y sobresaltos que no podría contarlos, tantos nombres y cuerpos y noches y sed y frío. El hombre sintió que el terror se apoderaba de él, en amoroso fuego todo ardiendo, que los nervios se le alertaban, sabedores del peligro, y lamentó entonces no haber robado el talismán, el ojo mágico de la frente del dios oculto en el templo, sospechando que la pantera estaba a unos pasos, vigilando a la princesa que sonreía inmóvil frente a él.

Ella se había sentado junto al joven, el muslo de ella había rozado el de él, los ojos de ella miraron sus ojos, y poco a poco la virilidad de él fue irguiéndose, como en la oscuridad se alza la cabeza de la cobra para disparar su lengua venenosa, en amoroso fuego todo ardiendo, y entonces él pensó que podía llamarla cualquier cosa que un hombre perdido en la selva, sabiéndose perseguido y perseguidor, piensa como primer

nombre que designe al peligro que se le acerca, que lo acecha desde no sabe qué lugar, con sus ojos amarillos, aprestando los silenciosos músculos para el salto definitivo. Tragó saliva y preguntó:

— ¿Qué vas a tomar?

—Una coca.

— ¡Una coca, señorita! —encargó a la mujer conejo.

Nuevamente ella miró, curiosa, sonriente, pasándose los dedos por el cabello, aparentemente arreglándolo pero en realidad despeinándolo más, desordenando estratégicamente algunos mechones sobre la frente, casi sobre los frioscuros acechantes ojos que él veía preguntándose (preguntar y preguntar y siempre preguntar sin dejar de preguntar) si en verdad ella le había dado alguna vez signo de interés, es decir: si ella se había enterado al menos de que él era algo más que un hombre y que un aparato de carne y hueso (y ojos, ciertamente) cumpliendo su anodina función de respirar, comer, digerir, evacuar, dormir, despertar y silbar como un tonto, o un irresponsable o un simple estudiante.

— ¿Qué piensas hacer?— preguntó ella.

— ¿Cómo?

—Que qué piensas hacer.

— Pst.

— ¿No vas a hablar con él?

Con el profesor de Geografía Física, el joven profesor alto y fornido, de recortado bigote y ojos alegres, siempre tan buen mozo, tan atractivo para las muchachas, y tan ocurrente, tan rápido para definir a un alumno con unas cuantas palabras burlonas e hirientes, por más que él decía que nunca deseaba ofender.

—No. Que se vaya a…

—Pero te va a suspender.

Se encogió de hombros.

—De por sí ya estás mal en esa materia.

—Puedo prepararme para presentarla a título de suficiencia.

—No te hagas muchas ilusiones. Nadie sale vivo de eso.

Volvió a encogerse de hombros y el hombre recordó, como si las susurraran a su oído, las palabras de los indígenas que, antes de entrar él en la selva, le habían dicho que nadie salía vivo o cuerdo de allí, que la selva podía llamarse muerte o locura, pero que, fuera lo que fuese, el hombre debía entrar y conocerla, en amoroso fuego todo ardiendo, y hubiera querido saber si Garcilaso el pobre tonto enamorado, el serenamente furioso Garcilaso habría estado alguna vez en un cafetín afrontando los ojos inmortales del perseguidor perseguido, de la pantera, de la hermosa princesa india escapada del poder y el Fausto de un enamorado maharajá?

— ¿Y cómo se te ocurrió contestarle eso?

Contestarle al apuesto profesor que a él no lo humillaba nadie y que a los profesores les pagan para enseñar y no para humillar a los alumnos.

—No sé. Pensaba en otra cosa.

— ¿Pensabas en otra cosa? Estabas en otro mundo, querrás decir.

Estaba en la selva, esperando a la pantera, como ahora.

—No quiso ofenderte— dijo ella—. Ya sabes que es muy bromista con todos. Y si todos fuéramos a ofendernos por sus ocurrencias.

—Yo entendía otra cosa. Además todos me estaban viendo como si…

—Puras imaginaciones tuyas.

Como si fuera de cristal y todo su interior se pudiera ver a través del transparente pellejo, o como si sus ojos estuvieron delatándolo, ya que en realidad siempre lo delataban toda vez que tenía que atravesar en amoroso fuego todo ardiendo el patio de la escuela, pasando entre muchachas, delatado por sus ojos que se hacían vergonzosamente penetrables, incapaces de luchar con otros ojos. La vio, estaba a unos metros, encaramada en la copa de un árbol, midiéndolo con los ojos sagrados, inmóvil aunque bajo la lustrosa piel negra se advertía el trabajo de los músculos, su rítmico contraerse para el salto.

—Bueno —dijo ella—, Quedé en verme con Martha. Dijiste que tenías que decirme algo.

Y de repente, quebrando aquel hechizo sólo para crear otro más vasto y oscuro, desencadenando un tiempo que parecía no tener límites allí, en aquel claro de la selva, la elástica forma negra se desprendió del árbol, alada, silenciosamente, no como arrojándose hacia abajo, sino como si fuera a volar, y el cazador, totalmente indefenso, comprendió que sólo una entre mil probabilidades tenía de salir vivo de la selva, y por un momento, antes de enfrentarse al abrazo mortífero de la fiera, a sus ojos ardientes y a las silbantes garras sin piedad, miró la sonrisa inmóvil de la princesa, hermosa y sonriente entre la pantera y él, y algo le hizo saber, cuando las garras cortaban ya su piel, que la lucha aquella no sería única y que otras luchas, ignoraba cuántas, le esperaban a través de desiertos y selvas, de días y noches, en el interminable, siempre repetido y siempre nuevo y desconcertante juego del perseguidor y el perseguido, así que se quedó callado, mirando los ojos de ella y tratando de sonreír, previendo lo que ahora, dentro de un segundo, la voz de ella iba a decirle, estaba diciéndole, decía:

— ¿De qué querías hablarme?

Millán, María del Carmen (1977). ***Antología de cuentos mexicanos II***. México: Nueva Imagen. “La lucha con la pantera”, José de la Colina, pp.173-178.